

Justina Cantón

el chelo

Fondo Editorial Sanluisenseño



Prof. Gerardo Salonia

Con Todo afecto.
en recuerdo de
mi madre

PIRCAS
ANA CECILIA TULA
PRESIDENTA

Justina Contestin

el chelo

(incluye Los Sueños de Adelaida)

Cuentos Infanto-Juveniles

Colección Literaria 36-10



**Fondo Editorial Sanluisense
Gobierno de la Provincia de San Luis**

AUTORIDADES PROVINCIALES

Gobernador de la Provincia de San Luis

Dr. ADOLFO RODRIGUEZ SAA

Vicegobernador de la Provincia de San Luis

Dr. BERNARDO PASCUAL QUINZIO

Ministro de Cultura y Educación

Dr. CARLOS ALBERTO PONCE

Subsecretaria de Estado de Cultura

Prof. MARTHA FELICIA CACACE DE MARIN

Director General de Patrimonio Cultural

Arq. VICTOR MIGUEL TORRES

Coordinadora de Difusión Cultural y Educativa

Lic. LUISA ALEJANDRA GONZALEZ PENA

Es una publicación del Area de Difusión Cultural y Educativa de la Dirección General de Patrimonio Cultural dependiente de la Subsecretaría de Estado de Cultura. San Martín y 9 de Julio -5700- San Luis - República Argentina - Tel. 0652-31992.

Edición 1995

© by Fondo Editorial Sanluiseño

ISBN Nº 950-875-023-5

Diseño de Tapa: Graciela Barón y Elizabeth N. Sudack.

Ilustración de tapa e interiores: Gaspar Digennaro

Producción Gráfica: Artes Gráficas Marzo S.A.- Junín 741- 5700 - San Luis.

Impreso en Argentina/Printed in Argentine

Hecho el depósito que marca la Ley.

La Comisión Honoraria creada para dar cumplimiento con lo estipulado por la LEY DEL LIBRO DE AUTORES SANLUISEÑOS N° 4785, por la Convocatoria del año 1993, recomendó la edición de la presente obra "El Chelo" que se presentara en el género Cuento Infantil bajo el seudónimo Cuentiparatodos.

Dicha Comisión estuvo integrada por los siguientes representantes, para los géneros Poesía y Cuento Infantil: por Círculo de Poetas de San Luis, Profesora Norma Chillemi de Lucero; por SADE Villa Mercedes, Sra. Elia Rojas de Marcoletta; por Centro Puntano de Letras, Sra. María Isabel Berardi de Loaiza y por SADE San Luis, Profesora Martha Lea Gassó.

PALABRAS PRELIMINARES

El Chelo, cuento que hoy tiene la posibilidad de salir a la luz, para llegar a los adolescentes y a todos aquéllos que amen la tierra, quieran penetrar en su esencia y en el alma de quienes conviven con ella, haciéndola suya para siempre, comienza siendo un “cuento breve” (primer capítulo). En él, inconscientemente, dejé plasmado, en otro ámbito, el amor al campo y al caballo que observaba en mis hijos. Hijos de esta tierra a la que se sienten unidos por raíces muy profundas.

Tuve también la oportunidad, por experiencia propia directa y por innumerables relatos sobre la vida de los hacheros, su entorno y circunstancias, de incorporar a mi interioridad datos valiosísimos que me permitieron continuar con El Chelo, en diferentes capítulos unitarios, en donde se van reflejando diversas situaciones. Todos reflejan la realidad de quienes afrontan la vida en un medio crudamente hostil.

El Chelo, es el prototipo del muchachito de campo con infancia corta y una pureza de alma que sólo se encuentra en quienes conviven con la naturaleza sus misterios y dones.

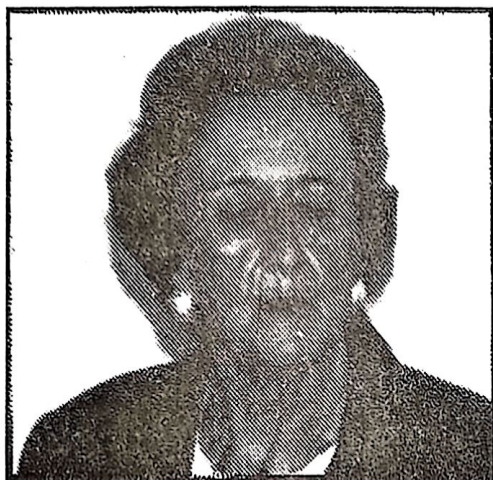
“Adelaida” es el ejemplo de la huérfana “protegida”, muy común en las provincias en la primera mitad del siglo, que se convierte en un ser sin identidad. Por momentos cree encontrarla, muchas veces en forma fortuita y en la mayoría de las veces frustrante. En el caso del cuento, el destino sabrá devolverle, en el amor de su hijo el “Chelo”, la esperanza de una vejez feliz.

Adelaida es un personaje que conocí en mi adolescencia. En el cuento se enlazan realidad y fantasía en una totalidad que se plasma en una vida difícil y sufrida que, como en el caso del Chelo, el amor a la familia y a la tierra, permiten un desenlace humildemente feliz.

La autora

AUTORA

Justina Contestin



Nació en la ciudad de San Luis. Cursó estudios artísticos en Buenos Aires. Desempeñó la docencia secundaria. Su interés artístico es amplio, ya que efectuó formación en el área de plástica, especialmente en cerámica (1976-1978), participando con éxito en concursos. Dedicada a la Literatura desde el año 1985, obtiene entre otros, los siguientes premios: 2º Premio sección Cuento, en el Certamen Nacional de las Letras de Necochea (1986); Mención especial, sección Cuento Infantil en el Certamen Nacional de las Letras de Necochea (1986); 2º Premio Cuento del Certamen Librería Anello (1987); 1º Premio Cuento en el Certamen Librería Anello (1988, 1989 y 1990); 2º Premio Cuento Bienal de Literatura Puntana (1988); Diploma de Honor "Fundación Givré" -Poesía- 1989; 1º Premio Poesía Concurso Librería Anello (1990); 1ª Mención Cuento "Certamen Horacio Quiroga" para escritores argentinos y uruguayos, organizado por la Municipalidad de Vicente López (Bs. As. 1990). Tiene publicado el libro "La Ciudad Encantada". Además, posee aún inéditos "Si todo fuera volver" (Novela), "Poemas para una Pausa", ambos premiados en el Concurso La Ley del Libro -1994-, a publicar y "Prendiendo Luces" (poesía infantil).

A MIS NIETOS

María Carolina

Facundo Martín

María Florencia

Juan Martín

María Cecilia

María Valeria

el Chelo

El torito ⁽¹⁾ se levanta en las cercanías de la picada que da al sur. Lugar salvaje, hostil. La soledad sólo se quiebra con la presencia misérrima de la primitiva vivienda. Utensilios de uso familiar, se agrupan junto a la casa; entre ellos se destaca la batea de madera en donde se seca un trozo de masa que debió ser crujiente pan. Escasas prendas de vestir penden inmóviles de la raída sogá amarrada a dos postes.

El Chelo asoma la carita morena y sucia entre las



lonas que tapan la entrada. Aspira el aire saturado de perfume de hierbas recién amanecidas, al tiempo que siente sobre su cuerpo magro, el calor del sol que lanza sus primeros rayos sobre caldenes y algarrobos.

Los hermanitos duermen aún, al igual que su madre que, desde hace varios días, sufre de intensos dolores. Chelo, de trece años, es por el momento el hombre de la casa. Su padre ha tenido que abandonar el trabajo en el monte para buscar algún remedio que alivie a su mujer. ¡Queda tan lejos el centro de salud! y posiblemente, no llegará hasta el día siguiente.

- ¡Chelo, prepará el mate cocido para tus hermanos! Sintió que decía su madre, con voz débil.

- ¡Espérese, mama, ya voy; el juego m'está dando trabajo!

No han pasado veinte minutos, cuando dos humeantes tazones cascados son servidos a los chiquillos de no más de siete y ocho años. Lleva otro a su madre y luego toma el suyo.

- ¿No ha quedao torta, Chelo?- preguntan los niños.

- No hay nada, seguro qu'el tata va traer algo hasta que la mama pueda golver a amasar. En cuanto terminen junten todas las ramitas disparramadas y hagan un montoncito junto a las casas. De noche el frío se siente y la mama necesita calor.

Los niños obedecen de inmediato, están acostumbrados a la tarea.

El Chelo siente de pronto una gran preocupación. Qué comerán ese día? De la proveeduría que de tanto

en tanto les lleva el patrón, no queda nada.

Se decide, toma la honda, única pertenencia del muchacho, su juguete, su arma. Luego de ordenar a los pequeños que



no se alejen del lugar, enfila hacia el monte. Cazará alguna perdiz y con ella hará un buen caldo; por lo menos algo caliente para el estómago.

Conocedor de todos los senderos, se interna en el intrincado bosquecillo. Tiene suerte, al rato, dos martinetas van a parar a sus manos. Da un rodeo sin advertir que el sol ya está alto y que se ha alejado bastante del torito. De pronto se encuentra frente a un cuadro alambrado y en él ¡un caballito criollo, alazán patas blancas! ¡Cuántas veces había soñado ser dueño de uno!

...¿Y si lo montara un ratito? Hay tiempo pa'golver... ¿No será malo tomar algo ajeno?, así recordó que lo había dicho, el año pasado, aquella señorita que había venido a enseñarles el catecismo a todos los hijos de los hacheros pero, pensándolo bien no cree haberle sentido decir que tomar algo prestado, por un ratito, fuera pecado que

enojara a Dios...

¡Montar un alazán! Se fue acercando lentamente, cruzó el alambrado. El caballo no parecía asustado. Tomó el lacito que siempre lleva consigo y lo colocó alrededor del cogote del animal. Un salto y ya está arriba.

¡Se siente dueño del mundo! Una suave presión de los talones en los ijares del animal y el caballo emprende una loca carrera.

¡Qué feliz se siente el Chelo! El frío le corta la cara y el sol le calienta el alma. Todas las preocupaciones han sido olvidadas; ni se acuerda de la mamá enferma, ni de sus hermanitos...

De pronto el caballo mete la pata en una vizcachera y el muchacho sale despedido por el pescuezo. El golpe es duro pero se levanta de inmediato y de inmediato también, siente en el alma el peso de sus responsabilidades.

Dolorido, muy lentamente, vuelve al lugar en donde ha dejado las martinetas; allí las encuentra. Se encamina al rancho y a la distancia divisa al animal que parece seguirlo bordeando el alambrado. Una inmensa alegría le hace cosquillas en el corazón. Se vuelve y acaricia lentamente el cogote suave, tibio. ¡Quién le quita la gloria de haber sido, por un rato, dueño del alazán!

¿Cuánto tiempo permaneció allí? No lo puede precisar porque las nubes cubren desde hace un rato el sol, que es el que le marca la hora.

Apresura el regreso. Corre por los senderos abiertos en el monte. De pronto, a pocos pasos, observa a un

piche ⁽²⁾ que perezosamente atraviesa la huella. Un salto y el animalito queda apresado entre las fuertes manos del muchacho.

“No nos va’venir mal”, piensa recordando con sentimiento de culpa, a la madre enferma, al padre ausente.

- ¡La pucha! pa’ qué me habré demorao. Los remordimientos se entremezclan con el recuerdo del caballo que parecía pedirle que lo llevara consigo. “¿Se sentirán solos los caballos?, capaz nomás; si él mismo se siente solo muchas veces...”

En el apuro, la cara del Chelo recibe algunos azotones de las ramas de los espinillos que parecieran querer cortarle el paso. Llega a la picada; allí no hay problemas, un trecho más y estará de vuelta en las casas. Poco después percibe, extrañado, olor a leña quemada. El espectáculo que observa poco después lo emociona profundamente.

Sus hermanitos luchan por mantener encendida, una débil hoguera sobre la cual humea la cacerola de hierro.

- ¡Chelo, mirá lo que



estamos haciendo!- grita orgulloso el mayorcito.

- ¡Vení, vení a ver lo que conseguí!

Hirviendo en gran cantidad de agua, el muchacho observa una paloma torpemente desplumada.

- Como vos no venías salí a cazar; el Pedro se quedó con la mama.

Se llenan de lágrimas los ojos del muchacho; acaricia la cabeza del niño y corre hasta el torito.

- ¡Perdone la tardanza, mama, ¿cómo se siente?

La mujer se queja débilmente. La cara enflaquecida, apenas asoma entre las colchas.

- No se preocupe, m'hijo, el Ramón no hai de tardar. D'enseguida le traigo un té d'indio ⁽³⁾, le v'hacer bien.

Vuelve apresurado junto a sus hermanos, vuelca el excedente de agua, agrega sal y algunas hierbas al agua descolorida y les ordena:

- Vayan a ver si ha quedao alguna cebolla y los fideos que queden en la lata.

Prepara la tisana para la enferma y vuelven junto a ella.

Terminado el "almuerzo" los hermanos le ayudan a desplumar las martinetas. El, prepara el piche. Ya tienen comida para varios días.

Las sombras del atardecer desdibujan los contornos del monte. De pronto el silencio se corta con el ruido de un motor y observan, por la picada, el reflejo de los

potentes faros de un automotor.

- ¿Quién será, Chelo?- preguntan atemorizados los niños.

- De seguro que viene el tata con alguien que va' curar a la mama; no hay pa' que asustarse. Momento después nuevamente, el silencio y las sombras.

No pasa mucho tiempo cuando ven al padre, seguido de un desconocido vestido de blanco.

El hombre tranquiliza a los hijos y se dirige al torito, seguido del enfermero.

Tres figuras patéticas esperan una respuesta. Después de un tiempo que no pudieron precisar, el hachero se acerca al hijo mayor. El chicuelo escucha silencioso, con la cabeza gacha y continuos movimientos de asentimiento, las palabras del padre. Los hermanitos, ajenos a la situación, acomodan en un cajón los víveres que ha traído el padre; sólo cuando ven sacar a la mujer, acostada sobre el jergón que le sirve de cama, se echan a llorar.

- ¿¡Ande se la llevan a la mama, tata!?

- Al pueblo, allá la van a curar. Hasta que yo güelva le obedecen en todo a su hermano.

Los niños ven alejarse al patético



grupo, arracimados junto al Chelo.

- ¡Vamos, muchachos, hay que arrimar leña al juego; hace mucho frío y la noche va a ser larga.

Un sentimiento de rebeldía e impotencia, desconocido en él, se apodera de su corazón. Mientras camina rumbo al rancho, en su mente confundida se cruza como un relámpago, el alazán patas blancas.

II

La noche ya está instalada en el descampado en donde se levanta el torito. Los candiles alumbran, opacadamente, el grupo familiar. Sentados en rústicos bancos de madera, junto al calor del fuego de leña, tres niños apuran un rebotante plato de carbonada. Ríen sin motivo, son felices; la mamá está curada y de vuelta en el hogar.

¡Fueron duras las dos semanas en que ella permaneció en el hospital! El Chelo se ha portado como un hombre durante su ausencia, cuidando de los hermanos menores y haciendo las tareas que correspondían a la enferma. Los pequeños junto a la mamá, buscan el cariño que creían perdido. El padre aviva el fuego mientras el Chelo lava, en un fuentón, los misérrimos utensilios utilizados durante la cena. De pronto Jazmín, el perro del muchacho, se aleja de su lado ladrando en dirección del camino.

- Alguien viene ¿quién podrá ser a est' hora?- dice el padre, cauteloso.

Muy pronto se siente el galope de caballos que se acercan.

- ¡Güenas y santas, don Anselmo!

- ¿Qué te traí por aquí, Pedro?... Bajate y arrimate al calor.

- Y güeno... anqu'estoy apurao.

- Nu'hay de ser pa'tanto, acercate y tomá unos amargos. ¿Qué se dice por áhi?

- Vengo a pedírselo al Chelo. Ha llegao gente de Güenos Aires pa'cazar jabalices y nos hace falta tu muchacho qu'es baquiano.

El Chelo salta como un resorte.

- ¡Déjeme ir, tata, sea güeno! -rogó-. Usté sabe que soy conocedor.

- 'Ta bien, ¡te has portao estos días! y merecés un premio, pero... tené cuidao, vos sabís bien que nu'es trabajo fácil.

- Sé cuidarme tata, ya soy un hombre; me lo llevo al Jazmín.

Se despidió cariñosamente y montó de un salto sobre el caballo que había traído Pedro para él.

Conversó incansablemente con el peón, que le informaba sobre los forasteros.

- Ya vas a ver el lujo 'e las pilchas, ¡y las camionetas!, han de tener mucha plata que sinó no s'esplica.

Desde lejos comenzó el chicuelo a distinguir brillantes luces entre el ramaje de los espinillos y chañares. Parecía que el bosquecillo hubiera sido invadido por cientos de luciérnagas.



“...Un hombre rubio y tan alto que el Chelo tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos...”

- ¿De ande salen esas luces, Pedro?
- ¡De l'estancia, de ande habían de ser sinó!
- ¡La pucha que se ve lindo!

Su asombro no tiene límites cuando enfrenta el amplio edificio rodeado de espaciosas galerías iluminadas como si fuera de día.

Ante la mudez del muchacho que había frenado de golpe el caballo, Pedro le dio una palmada en la espalda:

- ¡Vamos hombre! ¿Qué te pasa?
- ¡Qué había siu lindo!
- Sí, todo es muy lindo; aquí se vive a lo rico nomás, y agora, ¡'apurarse!

Desmontaron y se acercaron a uno de los grupos diseminados por el patio.

- Est'es el muchacho, don Ernesto.
- ¿Pero no es muy chico? Respondió un hombre rubio y tan alto, que el Chelo tuvo que levantar la cabeza para alcanzar sus ojos.

- Es flacucho, pero hábil y muy baquiano, Don.

- Está bien, después de la cena haremos la primera incursión.

El aroma de los costillares asándose a las brasas, despertó el insaciable apetito del muchacho, poco acostumbrado a la abundancia. La peonada lo recibió con afecto.

Compartió con Jazmín, trozos de asado y la sana alegría del grupo de paisanos, acostumbrados como él al trabajo de la tierra y el amor a la naturaleza.

- ¡Pedro, traé al muchacho! La voz del patrón silenció

las risas con que los peones festejaban las ocurrencias de don Genaro, el viejo capataz, famoso en el lugar por sus decires picarescos, casi todos de su invención.

- ¡Allá vamos, patrón!

Cohibido pero orgulloso, el niño se adelantó animado por Pedro. Al observar las armas largas que portaban los forasteros, llevó inconscientemente la mano al bolsillo posterior del raído pantalón y palpó la honda. “Menos mal que la traje”, y se sintió seguro.

- ¿Cómo te llamás, muchacho?

- Me dicen Chelo don... Chelo Laguna.

- Está bien, entonces ¡en marcha!

El Chelo se encontró, casi sin darse cuenta, sobre la caja de una de las camionetas junto a Pedro, don Genaro y otro peón. Dos perros, además de Jazmín, completaban el grupo. Se dirigieron hacia el lugar indicado, descendieron y tomaron rumbo hasta la aguada aconsejada por el chicuelo.

Las continuas andanzas por la zona, en busca de caza menor, lo habían convertido en hábil baqueano.

Comprobaron lo dicho por el Chelo. Allí estaban, claras a la luz de las potentes linternas; huellas que pertenecían a un animal muy grande, mezcladas con otras más pequeñas.

Volvieron satisfechos a la estancia. El primer paso estaba dado.

Nota: Los datos sobre la caza del jabalí fueron recogidos oralmente por la autora del señor Martín Tula de San Luis.



Al día siguiente, por la mañana, retornaron para construir en espacios adecuados, los apostaderos para el acecho. Los forasteros intercambiaban opiniones, comentaban en voz alta los riesgos...

El Chelo se acercó respetuoso a don Ernesto dando vueltas entre sus manos, un sombrerito de color indefinido.

- Perdone que me atreva, Don, pero agora no se puede hablar ni éste es el mejor sitio pa' postarse. Hay que buscar lugar contra el viento, si nó, los jabalices los van a olfatiar y se van a dir nomás.

Sonrieron los hombres ante la seriedad del chico y siguieron sus instrucciones.

Una vez concluido el trabajo, volvieron al casco

de la estancia.

Dos largas noches permanecieron apostados sin que ningún animal bajara a las aguadas.



Al día siguiente, por la mañana, retornaron para construir en espacios adecuados, los apostaderos para el acecho. Los forasteros intercambiaban opiniones, comentaban en voz alta los riesgos...

El Chelo se acercó respetuoso a don Ernesto dando vueltas entre sus manos, un sombrerito de color indefinido.

- Perdone que me atreva, Don, pero agora no se puede hablar ni éste es el mejor sitio pa' postarse. Hay que buscar lugar contra el viento, si nó, los jabalices los van a olfatiar y se van a dir nomás.

Sonrieron los hombres ante la seriedad del chico y siguieron sus instrucciones.

Una vez concluido el trabajo, volvieron al casco

de la estancia.

Dos largas noches permanecieron apostados sin que ningún animal bajara a las aguadas.

- Deben de haberlos olfatiado nomás- comentó el Chelo.

Muy temprano, al tercer día, volvieron a llamarlo:

- ¿Y ahora qué nos aconsejás, muchacho?

- Me parece, Don, que debemos dir, de día, a buscarlos en los mismos dormideros. Yo conozco dos bañados ⁽⁴⁾ en el fondo del campo pero... hay que dir a caballo.

Don Ernesto ordenó que se ensillaran los que fueran necesarios.

A la cabeza del grupo marcha el Chelo. Llegando al lugar desmonta y haciendo señas para que esperen, se adelanta seguido por Jazmín. Procura rastrear a los chanchos que debían haber bajado la noche anterior, a tomar agua.

Siguió las huellas de salida que le sirvieron de orientación. De pronto el perrito comenzó a olfatear los rastros, siguiendo el rumbo de los jabalíes. El niño indica con la mano en alto que deben seguirlo.

- ¡Por aquí vamos bien!

Avanzó tras Jazmín y el resto de los perros que se habían lanzado a correr tras la presa, ya ubicada por el valiente animalito.

Se sienten los nerviosos ladridos en el bañado, al tiempo que el muchacho advierte:

- ¡Cuidao que no son de fiar!

- ¡Allí se ve uno!- exclama don Ernesto.

Expectantes observan cómo Jazmín le ladra, lo acosa y esquiva, hasta que llega la ayuda de los dogos.

El Chelo no tiene tiempo ni de sacar la honda cuando,

despavorido, observa al padrillo, jefe de la manada, hacer una embestida contra el perrito que recibe de lleno el trompazo del animal y profundas heridas de sus afilados colmillos, que lo lanzan por los aires.

Se mezclan en un ruido aterrador, el grito desgarrado del muchacho con los disparos de las armas de los cazadores.

- ¡Es un animal excepcional!- exclama entusiasmado don Ernesto.

Junto a un espinillo, llora el muchacho. ¿De qué le sirve ahora su trabajo, su valor, si ha perdido al amigo?

Rato después, don Genaro encuentra al Chelo, recostado contra la rugosa corteza de un añoso algarrobo; la cabeza gacha, el sombrerito entre las manos.

- Te he andao buscando... ¡Vamos hijo!, no se diga que v'aflojar agora. Usté se ha portao com'un hombre y eso es lo que vale... además sabe por esperiencia qu'el riesgo se corre siempre... ¡Arriba que ya vamos a golver!

Se festeja en la estancia el éxito de la cacería. Otro de los grupos también había cobrado una pieza importante.

Al anoecer, don Ernesto se acuerda del chicuelo.

- ¿Por dónde anda el Chelo?- pregunta al capataz.

- Se jué, Don, no quiso quedarse... no tiene consuelo por la muerte 'el perro. ¡Eran tan compañeros! ¡di'años!

El sol ilumina débilmente en la fría mañana de julio, el descampado en donde se levanta el torito. Chelo hacha leña para el desayuno. Por la huella que conduce al lugar,

se siente el galope de un caballo. Apoyado en el cabo del hacha trata de distinguir quién se acerca.

- ¡Buenas y santas, muchacho!

Don Genaro desmonta con una agilidad poco habitual a su edad.

- Güeñas, Don; el tata n'uestá pero si gusta le cebo unos amargos.

- No te molestés, m'hijo, vengo de paso nomás. Me manda don Ernesto... esto es pa'vos.

Recién entonces el Chelo presta atención al envoltorio que trae el capataz entre sus brazos.

- ¿De qué se trata, Don?

- Agarralo y vas a saber.

Toma el chiquillo el envoltorio en donde se mueve, quejándose débilmente, un cachorro muy blanco.

- Es de raza... va' ser buen cazador; te lo manda de regalo el patrón.

El Chelo acerca el envoltorio a su cara. El animalito lame la mejilla del niño. Ha quedado sellada la amistad.

- Y esto



es pa'tu padre -agrega don Genaro alar-gándole un sobre-
. Te lo has ganado en güena ley.

El ruido de los cascos del caballo se aleja por la huella, mientras el niño corre a enseñar a sus hermanitos el nuevo amigo. ¡Si hasta el sol parece acompañarlo en su alegría filtrándose entre el ramaje desnudo de los espinillos, formando encajes sobre la tierra reseca.

III

Hacía largo rato que el trino de la calandria anunciaba el nuevo día. El Chelo sigue remoloneando sobre el raído jergón. No es la primera vez que le pasa. Desde hace un tiempo se siente triste, intranquilo, perezoso; si hasta llegó a contestarle mal a la mama cuando el otro día le pidió que fuera a buscar más agua!... ¡Pobrecita! pareciera que el mismo diablo se le hubiera metido en el cuerpo. Un extraño escalofrío le recorre la espalda. Hace apurado la señal de la cruz.

Se incorpora lentamente esquivando a los hermanitos que duermen despreocupadamente. Afuera el sol brilla en el cielo despejado.

- ¡Si han de ser como las siete!

Avergonzado observa a su madre inclinada sobre la batea de madera, amasando pan. ¡Hasta le ha hecho parte del trabajo! Un montón de leña hachada junto al peje, lo hace sentir más culpable.

- Mama... me quedé dormido... no va'golver a pasar.

- No se preocupe, m'hijo, ái de ser el calor... hache otro poco 'e leña y prepare el yerbiao.

No ha levantado la voz, ni siquiera lo ha mirado.



“Está tan flaca”, piensa con angustia. Siente rabia sin poder explicarse el porqué (ni contra quién). ¡Tiene que hacer algo!... ¡Tiene que pensar!..., pero cada vez que piensa últimamente, sus recuerdos vuelan hacia el casco de la estancia. No puede olvidar los cinco días que permaneció allí: la habitación blanqueada (para ahuyentar las vinchucas, le dijeron), una cama para él solo, sábanas y mantas abrigadas, la amistad de los peones que lo trataban como si fuera una persona importante... ¿No estará mal pensar tanto en todo eso?... ¡Debe serlo nomás! porque desde entonces ya no es el mismo. ¡Sí, tiene que ser el diablo nomás!.

“Va' ser bravo el verano” -pensó-. “¡Pa' colmo sin agua...! todos los días amenazando lluvia y nada... y el peligro

d'incendio... ¡la pucha qu'es brava la vida!".

El sol declina en el horizonte. Se ha levantado una suave brisa que viene del sur, haciendo descender la temperatura.

Mientras cenar observa cómo el padre lo mira fijamente, como queriéndole decir algo. El Chelo se siente intranquilo. "Capaz que la mama le ha contaó que se ha estado portando mal últimamente... Seguro que se va'ligar un reto...".

Cuando se apresta a levantar los platos, siente la voz reposada del hombre:

- Chelo, hoy m'entré con don Genaro.

- ¡¿Sí tata?!... ¿Y qué cuenta? -el corazón le bailotea en el pecho-. ¿Habrá otra cacería?- piensa.

- Dice que ha venido gente de juera con dos jovencitos que andan como boliados ⁽⁵⁾, de aquí para allá sin saber qué hacer. El patrón quisiera que fueras p'allá unos días así los acompañás.

- ¡¿A l'estancia, tata? ¿Cómo no viá querer? pero...¿y el trabajo? ¿quién la va'yudar a la mama?

- No se priocupe m'hijo; han parao el desmonte por unos días y puedo quedarme por aquí... y además usted sabe qu'es gente generosa y algo han de pagar.

El Chelo interroga a la madre con la mirada.

- Vaya m'hijo, si me parece qu'eso es lo que le está haciendo falta.

Esta vez llegó solo y a pie. Caminó más de una hora

cortando camino entre el monte.

Era media mañana. Los peones, cada uno en su trabajo, lo saludan con la mano en alto. Don Genaro, desde arriba del tractor lo llama para que se acerque.

- ¿Te animás a d'ir solo hasta las casas? por áhi nomás lo vas a encontrar al patrón.

El Chelo avanza seguro; lleva puestas sus mejores ropas: pantalón vaquero, camisa blanca, sombrero y pañuelo al cuello. Se ha esmerado en peinar la abundante cabellera renegrada. Las alpargatas están bastante desgastadas, pero no tiene otras.

En la galería distingue a don Ernesto acompañado de varias personas. Entre ellas, una mujer vestida con pantalones rojos. Los cabellos casi blancos de tan rubios, le caen sobre los hombros. La imagen de la madre inclinada sobre la batea, se presenta nítida ¡y nuevamente la rabia que le cuesta dominar!. Se detiene a varios pasos esperando que lo vean.

- ¿A quién estás buscando?- pregunta la mujer.

- ¡Pero si es el Chelo!... acercate. Es el chico del que les hablé.

Avanza el muchacho ya no tan seguro.

- Buenos días don Ernesto... me dijo el tata que...

- Sí, yo te mandé a buscar; nos hacés falta por unos días. Mis sobrinos andan como perdidos y sin saber qué hacer. Quiero que les hagás compañía.

- Como usté mande, Don.

- Voy a buscarlos -agregó ella- ya vuelvo. El cabello le brilla sobre la blusa negra.

“¡Qué linda!”, piensa el Chelo.

El grupo de hombres prosigue con su conversación olvidándose de él. No le importa; solo, se siente más tranquilo.

Algo después aparece la mujer acompañada de los niños, más o menos de su edad. Lo observan con cierta desconfianza.

- Estos son mis hijos... ¿qué les parece chicos? ¡Ahora sí que van a pasarlo bien! ¡Ya me han contado que sos un chico muy valiente!

El Chelo se pone colorado, baja la vista sin saber qué responder. Los otros, tampoco hablan.

- ¡Vamos! ¿qué pasa?... Juan, éste es Chelo -se dirige al más alto, un rubio de ojos claros como ella; se adelanta y le extiende ceremoniosamente la mano- y éste es Facundo.

Media hora después, los tres niños conversan animadamente frente a tres caballos ensillados.

- Este es pa'vos -le dice el peón al Chelo, señalándole un tostado con apero.

De un salto se acomoda el chicuelo sobre el lomo del animal.

- ¡Pero che, para cuándo tenés los estribos?- pregunta Juan.

- Así nomás es más rápido y agora ¿ande quieren ir?- agrega el Chelo con un dejo de suficiencia.

- Decidilo vos que conocés el lugar- dice Facundo, un simpático pelirrojo.

- Güeno, vamos a recorrer l'estancia.

Al galope tendido se alejan por los caminos que bordean los diferentes cuadros.

El Chelo se siente en otro mundo, su mirada se pierde a lo lejos, la alfalfa y el maíz verdeando en toda su extensión, vacunos pastando mansamente. El color sólo se corta de tanto en tanto, con el amarillo intenso de los espinillos y las breas y el celeste de los suspiros en plena floración. Está acostumbrado a verlos; abundan en el monte que rodea el torito pero, desde allí... ¡todo es tan distinto!

Al paso de los caballos varias perdices levantan vuelo; bandadas de palomas se alzan entre el florido follaje.

- ¡Me gustaría cazar! -le grita Juan, que se ha adelantado alardeando de gran jinete.

- Si querés, mañana vamos.

Las primeras horas de la tarde, desafiando el intenso calor, los encuentra a la sombra del quincho, organizando las actividades del día siguiente.

- Nosotros tenemos rifles, ¡los llevamos! -informa orgulloso Juan.

- Pero no, amigos, con las balas no van a quedar ni las plumas; necesitamos gomeras. ⁽⁶⁾

- ¿Y qué es eso?- preguntan a dúo los forasteros.

- Un arma que usamos aquí pa' esos casos. Denseguida pido prestado un caballo y en una hora voy hasta las casas y traigo pa'todos.

Les enseñó el manejo de la honda, contra tarros colocados en un cerco. Los muchachos ensayan con seriedad. Gritan alborozados cada vez que aciertan en el

blanco.

- ¡Es más entretenido que con el rifle!- exclama Facundo, que ya sueña y fantasea con ser protagonista de una cacería similar a las que suele ver por la televisión.

- ¡Hay que llevar mucha comida! Quién sabe lo que nos puede pasar.

- Un poco nomás -aclara Chelo- vamos a comer lo que cacemos.

- ¡¡Vamos a comer carne cruda!?- agrega el niño con gesto de repugnancia.

- Pero no, amigo, yo m'encargo 'e prepararlos.

Con las primeras horas del amanecer, "los expedicionarios" se encuentran en la galería, listos para partir. El Chelo ha cambiado sus ropas: pantalón oscuro demasiado grande para su cuerpo magro, sujeto con un lacito, una gastada camisa a cuadros y las mismas alpargatas. Acomoda la alforja sobre el apero en cuyos bolsillos va colocando algunos paquetes, la botella forrada con arpillera y otros enseres rústicos. Alcanza a los muchachos sendas bolsitas de confección casera cargadas de pequeñas piedras, que ha seleccionado para las gomeras. Los muchachos las cargan en sus hombros junto a las caramañolas con agua.

Se alejan del casco de la estancia a paso corto. Llegan por una picada abierta entre el monte, utilizada como camino, hasta las cercanías de un rastrojo. ⁽⁷⁾

Desmontan y atan los caballos al tronco de un algarrobo.

- De aquí seguimos a pie -anuncia el Chelo- y agora

¡ojo con los alacranes y las víboras!

- ¿No será mejor volver?- de pronto Facundo ha perdido el valor ante los posibles peligros anunciados y lo intrincado del monte que no promete nada fácil para su inexperiencia.

- No tenís que preocuparte tanto; yo voy adelante pa'cuidarlos.

El muchacho avanza seguro, separando y cortando las ramas bajas con su pequeño machete.

En un claro se detienen.

- Esperemos aquí hasta cuando aparezca algún bicho.

No ha pasado mucho tiempo cuando a cierta distancia, atraviesa el rastrojo un conejo del palo. ⁽⁸⁾

El Chelo se endereza lentamente, apresta la honda. El animalito se ha detenido a roer alguna raíz que ha quedado al descubierto. Un certero hondazo en la cabeza, tumba al animal.

- ¡Lo tenemos!- exclama Juan que corre a recoger la presa.

- Esto nos va a servir de almuerzo -aclara el Cheloustedes caminen por áhi y ven si encuentran alguna paloma. Yo voy a cueriar el bicho.

Se orea la presa colgada de una rama, cuando vuelven los hermanitos mostrando orgullosos dos torcacitas.

- ¡Las cacé yo! -se adelanta Facundo por cuya cara enrojecida corren gotas de sudor-. Este no le acertó a ninguna.



....¿Esa señora tan joven, es de verdad la mamá de ustedes? (....) y su madre, de 37 años, parece una vieja.

- A mí también me a pasao -dice Chelo tratando de disimular la humillación de Juan ante su fracaso-. Después seguimos con la caza, ahora hay que comer.

Con habilidad que deja atónitos a los chicos, corta varias ramas de jarilla en las que ensarta el conejito por las costillas; con un palo más fuerte, entierra en el suelo la improvisada parrilla. Arrima hojas secas y poco después el fuego arde alegremente.

- Junten más leña, la vamos a necesitar.

El almuerzo ha terminado; el postre ha sido un trozo de patay, que los muchachos apuran golosamente.

- ¿Dónde lo conseguís?- preguntan.

- Lo hace la mama con algarroba y miel, -contesta orgulloso de poder demostrar las habilidades de la madre- y también hace arrope y aloja... ¡Es muy guapa!

Se tiran a la sombra de un árbol. El Chelo escucha embelesado lo que cuentan los hermanos: las aventuras de fin de semana navegando por el río (que él no puede siquiera imaginar), las travesuras en la escuela, los paseos a los países limítrofes... Le cuesta incorporar a su mente poco cultivada, tantas cosas nuevas.

¡Le parece tan lejana su vida en el torito! los días siempre iguales, las continuas carencias... y como un relámpago aparece, nítida, la imagen de la mujer rubia. Admirado de su audacia se atreve a preguntar:

- ¿Esa señora... la qu'estaba en la galería, dendeveras es la mama de ustedes?

- ¿Y quién va a ser si no?, ¿Por qué preguntás?

- ¡Es tan joven!

- ¡Qué tan joven, si casi tiene cuarenta!

El Chelo no puede creerlo. Su madre tiene treinta y siete y parece una vieja.

¡Si hasta le faltan los dientes!

La angustia le oprime el pecho en forma insoportable. Tiene que hacer algo, ¡la mama no merece vivir así...! Tiene que pensar... Capaz que no debió dejar la escuela...!

- Che ¿qué te pasa?- pregunta Juan.

- No... nada..., pensaba nomás.

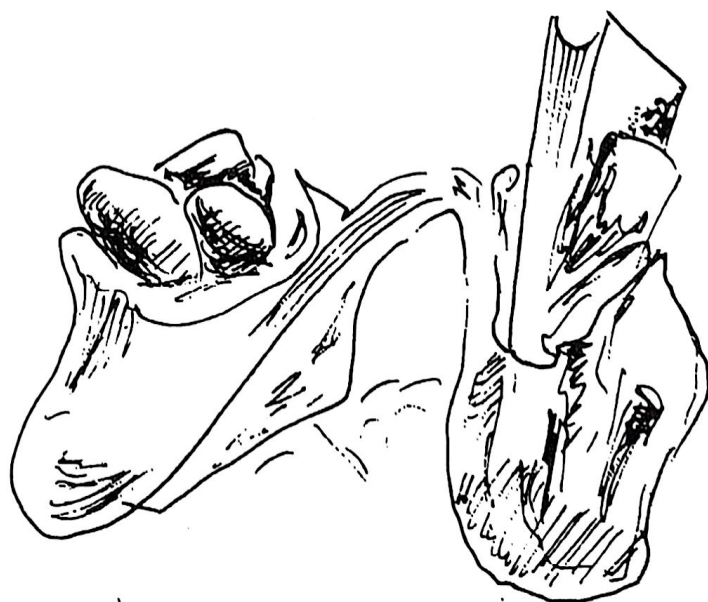
Poco después, vencidos por el cansancio, quedan dormidos.

El Chelo vigila... Cuando lo cree conveniente:

- ¡Muchachos, es hora de golver!

El sol, en su andar hacia el poniente, acompaña al grupo en su viaje de regreso.

Los días han pasado más rápido de lo que el chicuelo hubiera querido. Esa tarde de domingo, sus alforjas van cargadas de regalos. No falta el sobre con algún dinero para el padre. Lo que ha guardado con más devoción es un libro de tapas rojas regalo de Juan. En sus páginas,



grandes fotografías de paisajes desconocidos, autos, aviones... En grandes letras, las explicaciones. No se animó a contar que apenas deletrea.

En el corazón del Chelo se alberga una firme decisión. El año próximo comienza de nuevo la escuela. Quiere poder leer todo lo que dice el libro y quizás, más adelante, él sea alguien importante y entonces sí, la mamá ya no tendrá que trabajar tanto.

IV

22-2-90

- ¿... Qué cómo me pasó esta disgracia? Yo quiero esplicárselo doutor, pero dendeveras que no me ricuerdo bien...

- ... ¿Que qué hacía metido en el incendio?, pues verá usted... por allá en donde yo vivo, cuando eso de la quemasón comienza, todos los vecinos aunque sea dende lejos vamos pa'yudar... Cuando el tata me hizo llamar, ya se sentía el olor a pasto chamuscado y se veían por el aire las chispitas que disparramaba el viento.

... Si viera usted lo que pasa con esas chispas... saltan como si fueran diablos desatados... llegan a la tierra y

Nota: Los datos sobre defensa de los lugareños, en caso de incendio forestal, fueron recogidos por la autora, en forma oral, del señor Martín Tula de San Luis.



***...¡Si usted hubiera visto, doutor, las llamas
ya llegaban al cielo...!***

ahicito nomás es otro incendio en ese lugar, y cuando usted quiere ver, el juego es tan grande que sólo la lluvia, si llega, lo puede parar... Perdone usted, doutor, estoy cansao y me duele la cabeza... ¡me duele mucho y también la pierna!...

26-2-90

- ... Ya tenían la desconfianza de lo que podía pasar... ya lo habíamos conversado largo con el tata porque hacía mucho que no caía una gota di'agua... ¡y esos calorones tan fuertes!... y cuando eso pasa, los pajonales, que son muchos por allá, se güelven contra la gente... ¡Si usted hubiera visto, doutor!... las llamas ya llegaban hasta el cielo... allá arriba en vez de estrellas, se vía una nubasón colorada que parecía el mismo infierno... Por ese entonces las lenguas de fuego ya se acercaban hasta donde estábamos nosotros, ¡igualito que cuando ataca el jabalí!... ¡con juria!... ¡sin parar!...

... ¿Qué por qué no escapábamos?, perdone usted doutor, pero usted no puede comprender porque nunca ha vivido por áhi... al juego hay que combatirlo... tiene que haber gente cada veinte pasos más u menos, y hay qui' aprovechar el viento y se larga desde la picada, otro juego contra el viento que se viene, y hay que cuidar que no se levanten llamas altas y eso, pa'que no suceda, se van echando paladas de tierra... No doutor, usted no puede entender. ¿No podría alcanzarme un poco d'agua?; me arde la garganta en cuantito converso mucho... usted sabe... n'uestoy acostumbrao...

1-3-90

- ... Sí, doutor, si'hacen muchas cosas pa'evitar que se haga muy grande la quemasón... había picadas hechas, pero esta vez fue un rayo y nada se puede contra la voluntá de Dios.

... ¿Qué cuál era mi trabajo? Igualito a todos los hombres: golpiar con la lona que me habían dado... ¡pero como si nada!... Lo último que ricuerdo fue qu' el trapo agarró fuego y sentí un calorón en el brazo y también en la pierna... y un sofocón, y el tata que me gritaba que me tirara al suelo... yo le obedecí; después, nada más doutor.

4-3-90

- ...¿Qué cuándo golví a mis cabales? Pues verá usted... jué cuando me desperté en la salita de primeros auxilios; me trataron muy bien ¿sabe?, pero el dolor era tan juerte que ni haciendo juerza pude sujetar el llanto... yo no quería llorar porque el tata siempre dice que los hombres no lloran; lo mesmo me salían las lágrimas... igualito qu'el hilo di'agua que corre por la cañada cuando llueve mucho; claro que eso es casi nunca allá, por mis pagos... Como l'iba diciendo, m'estaban cuidando muy bien... una doutora de la salita me atendía cuando una nubasón negra se me puso delante 'e los ojos y de áhi en adelante no sé qué pasó.

¡La pucha con este sueño que me da!

8-3-90

- ... ¿Qué si estraño?, ¡vaya que sí... anque aquí estoy

bien... ¡tan bien que me voy a golver flojo de tanto nu'hacer nada!, pero llega la noche y empiezan los sueños; la cabeza se me llena de ricuerdos, y de la mama y del tata y también de mis hermanos... ¡N'ues que aquí esté mal, doutor!, ¡no!... yo no quiero que crea eso, pero allá no me faltaba la mazamorra con leche y miel de lechiguana⁽⁷⁾, y las tortas al rescoldo que aquí nu'hacen... Eso es lo que más estraño de la comida y también estraño el silencio de las noches... ese silencio tan lindo con ruido a grillos y chicharras.

10-3-90

- No sé pa'que se han molestado, doutor... es cierto que hacen días que me ha dau por no comer y que de noche me dispierto todo sudado y gritando... dicen... pero lo que pasa es que tanta bulla allá ajuera me hace dormir livianito y con unos sueños fieros. Verá usté; la veo a la mama cuando se la llevaron enferma... nu'hace mucho de eso y dispués la veo yéndose pa'siempre y en cuantito más sueño, se me presenta clarita la quemasón... También lo que me pasa es que quisiera golver pa'las casas.

Gruesos lagrimones corren por la carita morena del Chelo. Con el brazo sano seca el rostro y se tapa totalmente con el borde de la sábana. No soporta la humillación de lo que cree una debilidad.

El psicólogo, sin hacer el menor comentario, espera **pacientemente**.

- ¿Qué si me gusta estar aquí? ¡Cómo no me va'gustar si todo es tan lindo!... ¡hasta las paredes brillan como si el mismo sol estuviera dentro!... y eso de que le sirven la comida en la cama... pero...

25-3-90

- Sí, el chico está más tranquilo ahora, por lo menos habla.

... - No, no recuerda mucho todavía; lo importante es prepararlo para que pueda completar los injertos.

... - Sí, las pesadillas van a ir desapareciendo ahora que ha hablado de ellas. Poco a poco voy ganándome su confianza.

... - ¿Algún juguete?, no, no creo, menos ahora que no puede manejar el brazo.

Lo mejor sería conseguirle el libro del que hace mención cada vez que conversamos.

Un libro de tapas rojas, y tratar de contactarse con unos amiguitos que dice tiene en Buenos Aires. Voy a ver si logro sacarle algo más al respecto.

- ¡Adelaida!... ¡Adelaida!... ¡Llegaron noticias del Chelo!
El hombre avanza presuroso por la picada. En la mano enarbola una carta.

Adelaida corre al encuentro del hachero. A sus espaldas, el torito, con el color pardo de la pobreza, se levanta casi airoso en medio del campo devastado por el

incendio. Mojones negros cubren de luto la zona cercana a la vivienda. Hacia el oeste, espinillos, caldenes y algarrobos, salvados del desastre, brindan vida y color a la zona.

Los ojos azules de Adelaida, se destacan vivamente con el brillo de la manifiesta felicidad.

Toma la carta con la dulzura que acostumbra en el trato con los hijos. Demora en abrirla a pesar de las protestas del hombre y la impaciencia de los chicuelos.

“Mama, yo estoy bien; casi no me duele y me tratan muy bien. Tengo un doctor amigo con el que charlo de las cosas que me han pasado. Es muy bueno conmigo y todos son muy buenos. Yo pienso todos los días en ustedes. Los extraño pero me las aguanto. Espero que los chicos la ayuden en los trabajos”.

“Les pido una cosa y es que me manden el libro tapas coloradas para entretenerme. Dice el doctor que los patrones me lo van a traer.

Le prometo mamá que en cuanto mejore, voy a volver a trabajar con usted y le voy a comprar cosas buenas. Yo le pido todas las noches a una Virgencita que me han regalado las monjitas, para que me mejore pronto”.

“Una maestra que es muy buena y que me está enseñando muchas cosas de cómo hablar y escribir, pone en el papel todo lo que yo le digo”.

Un apretado abrazo une al hombre con Adelaida, que no sabe por qué llora cuando está tan contenta con esa carta tan linda en donde le cuenta que está mejor y estudiando.

5-5-90

- ... ¡Y me trajeron el libro, doutor!... ¡Vinieron mis amigos! ¡los dos!... Charlamos mucho; ¿sabe?, me han prometido algo tan lindo que no sé si creérmelo...

... Sí, tiene usted razón, no sé porqué pienso mal, pero también pienso en la mama que me necesita... yo l'ayudo mucho.

... Perdone que no se lo cuente todavía... ¡no se puede contar!

¿Que por qué no quiero? Porque no hay que correr a la suerte y además tengo que pensar mucho y quiero soñar cosas lindas de todo lo que me han contaos los amigos... es brava la decisión... en cuanto me decida...

¿Qué usted está pa'ayudarme? ¡Si lo sabré, doutor!... en cuanto vuelva otra vez se lo voy a contar.

10-6-90

-... Si viera usted doutor, me llevaron a conocer el río... ¡tanta agua! y a nosotros que nos falta... ¡y esos barcos!... y me llevaron a conocer la Virgencita de Luján, la de l'estampita, ¡qué Iglesia tan grande para un bultito tan chiquito!... pero ella se lo merece por güena y porque me ha metiu en la cabeza que tengo que venirme a la ciudad pa'estudiar... ¡Y le pedí tanto por la mama! y por el tata y los chicos... Ellos son juertes... ¡Pero ella!

21-9-90

- Es maravilloso como se repuso Chelo, lo voy a

extrañar; ¡tan fuerte!, ¡tan cálido! Es difícil encontrar en estos días un amor a la familia como él la siente. ¡Y es muy inteligente!

Pueda ser que ese estanciero del que tanto habla, le cumpla y traiga la familia cerca de él. ¿Les conté que le van a costear los estudios?

V

“... No, si tendría que haberme güelto nomás al pago en cuanto dejé el hospital, total ¡a quién le hubiera importao en l’hachada que la pierna estuviera medio seca como rama’e tala? De seguro que nadie diría nada y se acordarían de todo lo’quise en el incendio. Sí, ansí hubiera sido nomás, pero me dejé engolosinar con las palabras del patrón... aguantá Chelo hasta que te recuperés del todo, después estarás junto a los tuyos aquí, en Buenos Aires... No, si tendría que haberme güelto nomás. A estas horas le estaría ayudando al tata en eso de voltiar árboles a pura juerza y golpe di’hacha, codo a codo sin parar; al mediodía descansaríamos un rato comiendo lo que la mama sabe preparar tan rico con las poquitas cosas que tiene y después, ¡güelta al trabajo! - ¡Qué juerte se me ha puesto hijo, me diría el tata con orgullo en los ojos entre resuello y resuello; - De seguro que con su ayuda vamos a salir de pobres, y yo le diría - ¡Seguro tata! y dejaremos este trabajo y nos vamos p’al pueblo así la mama no



Chelo festeja ese día sus diecisiete años.

trabaja tanto. Es duro este cansancio, pero es cansancio sano que va templando el alma y hace hombres a los hombres, m'hijo... yo lo escucharía sin distráirme y sin sacar la honda pa'voltiar alguna paloma, ¡eso es cosa'e chicos y pa'eso están agora mis hermanos! Seguiríamos en silencio cada uno con su pensar; ¿Por qué hablarían tan poco los dos? ¿Por qué se les había escapado la risa 'e la boca? Nunca se animó a preguntarle de tantas cosas que quería saber; de seguro que ahora se animarían... Lo noto priocupado m'hijo, ¿qué le anda pasando? Es que ni yo m'entiendo, tata; ¿por qué siento que se membarulla la sangre cuando la patrona me habla?... ¿por qué siento rabia? ¿por qué?... ¡pa' lo que me serviría animarme agora qu'el tata está muerto!... ¡si hubiera güelto y lo hubiera ayudado!... ¡mañana le hablo al patrón!..."

Chelo festeja ese día sus diecisiete años. Aceptó el agasajo de la peonada, compartió bromas, ¡si hasta cantó acompañado de una guitarra, aquella tonada que sabía tararear el padre cuando le daba por perderse en ensoñaciones! No se avergonzó del llanto callado que le brotó del pecho y desbordó en dos lagrimones.

Los peones lo miraron con respeto. ¿Habrían conseguido llegar al corazón de ese muchachito montaraz, que parecía no poder acostumbrarse a la amplitud de la pampa, a su horizonte lejano, al vaho húmedo y pegajoso que opacaba el brillo de las cosas? El tiempo lo diría.

La patrona se presentó inesperadamente silenciando risas y canciones. Ante su vista sintió renacer ese sentimiento que se le había prendido al cuerpo desde hacía años y que no podía dominar ni definir: ¿admiración, inquietud, rebeldía? ¡No podía dejar de compararla con su madre!

- ¿Cuándo vas a aprender a sonreír, Chelo? ¿Cómo van los estudios?... ¡Ya estás hecho un hombre! ¡Si hasta buen mozo te has puesto!

Un calor insoportable subió a la cara del muchacho. Contestó con monosílabos, con voz apenas audible.

- Vine a saludarte, me enteré que es tu cumpleaños; los muchachos te mandan saludos.

... Juan, Facundo; ¡qué distintos los veía allí, dueños de la tierra y el conocimiento de cada rincón de esa inmensidad verde; ¿qué podía darles él?, ni siquiera la honda con que demostrarles su puntería. En el comienzo de su estadía en la estancia sabían jugar algún fin de semana en que llegaban a pasar sus días libres. Ya



mayores, los acompañaban otros jovencitos y jovencitas que lo miraban con indiferencia no exenta de crueldad. Prefirió esquivarlos, esconderse, sumergirse en el trabajo, los estudios, los recuerdos...

Se zafó como pudo y abandonando el lugar se dirigió a la casa de los peones en donde tenía su habitación.

No encendió la luz, se tiró sobre la cama y se dejó hundir en un monólogo interminable.

La madrugada lo encontró camino al galpón grande. Le gustaba el trabajo; estaba en contacto con los animales, debía cuidarlos, mimarlos, (son para la exposición, le habían dicho). No dejaba de admirar su pelaje brillante, sus ancas redondeadas, los ojos vivaces... ¡Eran fruto de su trabajo! Gozaba verlos rumiarse lentamente, aquerenciados en la hierba tierna del cuadro.

Esa mañana se sentía como nunca, con el ánimo desabrido, nostálgico. Voló su mente al lejano día en que la Blanquita, la vaca lechera que se criara con él, no soportó los efectos de la larga sequía, precursora del incendio que cambió su vida. Impotentes veían cómo minuto a minuto apagaba su vida: los ijares hundidos, los ojos vueltos al cielo hasta quedar inmóvil tras un mugido lúgubre.

... ¡La pucha!, ¡qué dura vida pa'los hombres y animales de aquellas tierras...

Entró al amplio tinglado con la sangre revuelta de dolor e impotencia.

- ¡Chelo!, ¿en qué estás pensando? Dejá esos animales y llegate hasta el escritorio; el patrón te espera.

- ... Y he pensado en vos para ayudante en el tambo nuevo. Don Bernardino necesita un peón para...

En la mente del Chelo florecieron fantasías descontroladas.

... ¡En el tambo donde vive la gringuita!... La recordó con los cabellos color trigo apretados en una gruesa trenza cayéndole hasta la cintura, los pechos adolescentes como pájaros asustados, palpitando bajo la blusa... ¡y los ojos! jamás imaginó que pudiera haberlos tan lindos; parecidos a los de su madre: ojos como gotas de cielo, ojos grandes y redondos llenos de preguntas sin respuesta aún. Se habían encontrado algunas veces; él, juntando los animales, ella, con el canasto colmado de verdura fresca. El instinto había unido sus miradas, la timidez los alejó cada vez...

- ¿Y, qué contestás, Chelo?, te has quedado con la boca abierta.

- Sí, patrón... sí, lo que usté mande.

Comenzó a trabajar al día siguiente.

Se cruzaban a diario. Indefinida inquietud, imperiosa como brote de plantas en septiembre, fueron la constante del jovencito desde entonces.

Rodaron los meses. Una mañana se animó a hablarle: monosílabos, tartamudeos, miradas de reojo, temblor en un roce apenas insinuado, frescor de brisa jugueteando en el cabello de la gringuita.

“¡La pucha! ¿m'estaré enamorando?”

- Te tiene a mal traer la gringuita, ¿no es cierto muchacho?, peleala que vale la pena y por ahora vas



...¡Sí mañana le hablo al patrón (...) ¡Me güelvo al pago, ¡con la Carla, por supuesto!

solo en la carrera- solía decirle el capataz.

Callaba como siempre, pero esas palabras lo animaban a seguir insistiendo.

La noche era propicia para que el Chelo acariciara sueños. Pintaba en su mente una casita propia en el claro del monte familiar de sus pagos. Ya veía el paisaje que la rodearía: Espinillos reventando en mil soles al llegar la primavera, verbenas coloreando los costados de la entrada; sembraría maíz, clavaría con su brazo fuerte el corral para las cabras... ¡y haría falta un caballo!, sería alazán patas blancas como aquél de su niñez. La madre y los hermanos ya no eran problema; estaban con doña Ercilia, que los había recibido con los brazos abiertos y había prometido regalarle a él, una parcela para cuando quisiera formar un hogar. Así se lo había contado su madre en la última carta.

Imperceptiblemente la vida fue cambiando para el Chelo. El nuevo sentimiento compartido con la gringuita, abrió su corazón a la amistad, a la comprensión, cicatrizó viejas heridas intensificadas por su alma extremadamente sensible. Se sentía maduro, pleno.

... ¡Sí, mañana le hablo al patrón. En cuantito arregle todo me güelvo al pago, ¡Con la Carla, por supuesto!

FIN

- (1) **Torito:** Vivienda transitoria de los hacheros del sur de San Luis, construido con horcones formando techo de dos aguas de no más de un metro y medio de altura, recubierto con ramas de jarilla y paja peinada.
- (2) **Piche:** Variedad de quirquincho de carne muy apreciada.
- (3) **Té de indio:** Planta silvestre de múltiple uso medicinal. Abunda en las zonas semidesérticas.
- (4) **Bañado:** Terreno húmedo cubierto de malezas, enredaderas y hierbas que suelen ocultar a los jabalíes durante el día.
- (5) **Boliados:** Término regionalista cuya significación es: confundidos, sin movimiento.
- (6) **Gomeras:** Nombre que los lugareños dan a la honda. La confeccionan con una horqueta y recortes de goma de llantas viejas.
- (7) **Rastrojo:** Campo después de segada la mies y antes de ser sembrado nuevamente.
- (8) **Conejo del palo:** Conejo silvestre de carne muy apreciada que abunda en las zonas del suroeste de San Luis. Se mimetiza contra los troncos de árbol.

los sueños de Adelaida

- ¡Adelaida!, ¡Adelaaaaida! ¡¿Qué hacés chinita de porra que no te levantás?! ¡Van a ser las cinco y media y vos como si nada!

- ¡Voy doñita, voy!

- La pucha que se m'está poniendo pesada la vieja; más años, más embromada! si en cuantito me descuide va'querer que me levante escuro...

- Aquis'toy, doñita, ¿qué precisa?

- ¡¿Cómo que qué preciso?! ¡más grande, más zonza! ¿A qué hora pensás ordeñar la vaca? ¡¿Todavía no aprendiste que hay que desayunar todos los días?!

Sin contestar, Adelaida abandona la habitación apenas iluminada por la luz de un candil, chancleteando las alpargatas flecudas. Va, como cada mañana, al encuentro del amanecer. Al llegar a la galería, el zorzal, desde su jaula, saluda con un trino agudo, interminable..., de paso recoge el balde y el lacito. No queda lejos el corral.

Nada logra alterar la pachorra de Adelaida: ni las órdenes repetidas como letanía, ni el mugido tierno del animal que ordeña. Imperturbable realiza su tarea.



Nada logra alterar la pachorra de Adelaida: ni las órdenes repetidas como letanías...

Recián el cielo está queriendo recobrar su color azul, cuando la silueta arqueada de la muchacha, como junco azotado por el viento, se acerca a la casa de ladrillo y zinc, que se recorta aún desdibujada, contra el cerro pedregoso, chato, descolorido.

- ¡¡Adelaida!!, juntá temprano nomás la leña, sino después nos vemos en apuros, ¡y no te olvidés de las gallinas, también saben comer!

Asienta el balde rebosante de leche espumosa y apura un jarro del líquido aún tibio. El sol se levanta perezoso sobre talas y espinillos, sin alcanzar a doblegar la neblina aún asentada en el pasto húmedo.

El sol pica sin dar alce sobre las espaldas huesudas de la chicuela, cuando doña Ercilia llama para el almuerzo.

Sirve a la patrona y ya en la cocina, come con indiferencia el plato de mazamorra; mordisqueando un pedazo de quesillo reseco, apura el lavado de la escasa vajilla y entonces, sí, la siesta es suya. Corre hasta el arroyo y se tumba a la sombra del sauce llorón.

¿Piensa en algo Adelaida? ¿Le ofrece la vida algo en qué pensar?... La leña..., el maíz para las gallinas... nuevas órdenes, ¡más trabajo!. Mira, sin ver, las nubes que corren apuradas hacia el sur, al hornero que construye su nido, tumbada, quietecita, mirando el infinito. Una... dos horas...

- ¡Adelaida! ¿Adónde te has metido? ¡Qué costumbre la de esta muchacha, siempre escondiéndose!

- ¡Ya voy, doñita, ya voy!

- ¿A que te has olvidado de la ropa que hay que enjuagar? No, si has de creer que te la vas a pasar de zángana nomás.

Los brazos flacos de la muchachita parecen alargarse con el peso del fuentón, lleno de ropa mojada. Cuando termina de colgarla, el sol baja hacia el poniente cubriendo de rubor el cielo sin nubes; la luna impaciente se transparenta en lo alto.

- ¡Cebá mate, Adelaida! ¡No te estés parada sin hacer nada! ¡Apurate, mujer!

Las vueltas se hacen largas con las visitas del atardecer, que cotorrean incansablemente hasta que las primeras sombras de la noche se adueñan del patio de tierra.

Sombras con sombra. La silueta silenciosa de la niña se pierde en el cuartucho sin luz... Y allí, en la oscuridad cortada por el blanco rayo de luna, otra vez se tumba la muchacha... , ahora sobre el jergón.

¿Qué sueños sueña Adelaida? ¡Como podría saberse!

II

Apareció un día de tantos cuando el sol apenas calentaba la fría mañana de mayo. Llegó por el camino que bordea la chacrita, en un sulky tirado por un percherón tostado. Se apeó y se acercó a Adelaida que acababa de ordeñar la vaca.

Se extraña la chicuela ante la visita tempranera y



Los brazos de la muchachita parecen alargarse con el peso del fuentón de ropa.

espera, indecisa que el hombre se acerque.

Dijo llamarse Roque. De aspecto campechano, rudo, pero de mirada mansa. La saludó desde su altura increíble y preguntó por doña Ercilia.

- A est' hora ai d'estar durmiendo, Don..., voy a ver... Espere aisito, nomás.

Transcurrieron varios minutos hasta que la muchacha volvió a aparecer.

- Ahorita viene, si gusta sentarse...

Adelaida prosiguió indiferente con sus tareas diarias, repetidas, agobiantes...

- ¡Adelaida! ¡dejá lo que estás haciendo y acercáte!

- ¡Voy, doñita, voy!, ya termino con las gallinas.

Habían hablado largo rato el hombre y doña Ercilia. El sol, ya alto, se presentía benévolo ese día, para el poco abrigo y las magras carnes de la mocita.

- ¡Acercate, mujer, nadie te va a comer!

- Así q' ésta es l'Adelaida... ¡quien l'hubiera créido! Casi una mujercita y guapa al parecer; ya has de andar por los trece, ¿nu'es cierto?

- Hace años que te busco ¿sabís? Desde que m'enteré qu'existías; eso jué después que murió la Rufina.

- Mirá, Adelaida, don Roque ha venido por vos.

La noticia no alcanzó a penetrar en el cerebro de la muchacha, rebotó y echó a volar junto a las calandrias que desde temprano gorjeaban en el aguaribay.

- ¿No decís nada? ¡Es empacada como mula!

- Déjela, doña, tiene que acostumbrarse a l'idea.

- ¡Andá, andá a preparar unos mates para don Roque...

¡uno se cansa de enseñarles, pero no hay caso!

Adelaida, como autómata, se dirigió a la cocina... Quería pensar... y la cabeza le daba vueltas como el remolino del arroyo; volcó la yerba, se quemó al pretender cebar el primer mate...; volvió a la galería con la pava y demás implementos.

(...Y sí... doña, yo querría llevármela nomás..., entiéndame, quiero hacer algo por ella).

Dejaron de hablar, al verla acercarse.

- Sirvasé, Don -dijo alargándole un mate espumoso y perfumado con menta.

Por un momento levantó la vista y sus miradas se encontraron... No sintió ninguna emoción, pero quedó prendida, por unos instantes, en los ojos del hombre, tan celestes como el cielo del amanecer, que a ella sola pertenecía...

- Andá a la chacra, Adelaida y juntá choclos y zapallitos; vamos a homenajear a la visita.

- 'Ta bien, doñita.

Y allí fue Adelaida, pausada como siempre, la mente ausente.

Durante el almuerzo, desde la cocina, mientras se atragantaba con un succulento plato de carbonada escuchaba palabras sueltas que no podía hilvanar...

-... Sí, m'he juntao, doña... es mucho más joven que yo..., no tengo..., cómo iba a saber yo...

-... Pero estoy tan acostumbrada... es toda una vida... no me parece justo...

Se hacía larga la tarea de Adelaida, quería terminar

pronto con la limpieza. Concluyó y corrió al arroyo. Cara al cielo, sintió sobre su cuerpo la tibia caricia del sol y trató de pensar. “¿De’ande habrá venido?... ¿Pa qué me querrá?... “Viene por vos... viene por vos... ¿Por qué si ella estaba bien allí? Cierto que la doñita le gritaba y la hacía trabajar hasta que las fuerzas parecían acabársele, pero no le pegaba nunca. Y además estaba su siesta bajo el sauce llorón y su Comino, el único amigo... No, no quería irse. ¿Quién era ese hombre tan alto y de ojos claros?”.

De pronto, sin saber de dónde, una lejana conversación volvió a su mente. Fue de tardecita; en la rueda del mate habían comentado: “- ¿A quién habrá salido ojos celestes la Adelaida?- preguntó una de las comadres. - ¡Vaya uno a saber!, -contestó Doña Ercilia-. Quién sabe de dónde salen estas chinitas... ¿Serían sus ojos tan lindos como los de don Roque?...”

- ¡Adelaida, apurate... ¡hay una punta de cosas que hacer!

Miró por última vez el cielo; el sol se escondía tras las nubes grises y alborotadas; se iba a descomponer el tiempo. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la muchacha, mientras se enderezaba.

Volvió a cebar mate para doña Ercilia y don Roque.

- Güeno, doña, yo güelvo pa’fin de mes, le pido que me l’esplique lo mejor que pueda a l’Adelaida.

- Está bien don Roque, si no queda otro remedio. ¡Pero no es justo dejarme sola con todo el trabajo!

El hombre se acercó a la muchachita y apoyando su

mano pesada y firme en el hombro de la chicuela agregó:

- Prontito nos golvemos a ver, Adelaida.

Esa noche las sombras fueron dueñas absolutas del cuartucho y del alma de la niña. El amanecer la encontró con los ojos abiertos mirando el cielo, desteñido aún, que le anunciaba un día más.

- ¡Adelaida!, ¡A qué hora pensás levantarte, chinita floja!

Varios días después, a media mañana, doña Ercilia ordenó a Adelaida que dejara las tareas porque “tenía que hablarle”. Por mucho que pensó, no recordaba haber dejado de trabajar para charlas nomás; si nunca habían charlado antes tampoco...

- ..., Y vos sabés bien que todo me lo debés a mí!... ¡y todo lo que te quiero! Pero... el mundo es así de ingrato; apenas caminabas cuando te trajeron para que te criara y ahora aparece ¡tu padre!, así, como caído del cielo! ¡Ag... con ganas de hacer algo por vos...!

De todo el parloteo de la mujer, lo único que prendió en la cabecita de la muchacha, ya mareada con tanta charla, fue la palabra Padre. “Tu padre... tu padre...” Sabía que todos lo tienen, si hasta los animales, pero nunca se había puesto a pensar que ella también...

- Así que tenés que hacerte a la idea. A fin de mes te viene a buscar; vas a vivir en un puesto, no muy lejos de aquí. Tiene mujer, no es tu madre, ella murió el año pasado.

Las palabras le brotaron, no sabía cómo, desbordando de su pecho en un gemido.

... - ¿Y por qué mi mamá me regaló, doñita?, ¿por qué me dejó?, ¿por qué?!

- ¿Y de dónde puedo saberlo?, yo lo único que hice fue recibirte, criarte, quererte y ¡mirá con lo que sale tu padre ahora! quiere llevarte... ¡En fin, es tan injusta la vida!

Tumbada, mirando el infinito; la Adelaida soñaba: un sueño confuso, incomprendible para quien vive a diario el amor de las “madres” hacia sus hijos: la colorada, que ordeñaba cada amanecer, mugiendo tristemente cuando la separaba de su ternero; el Comino, prendido de las ubres de su madre, mientras ésta le lamía dulcemente el cuerpecito tembloroso.

¿Por qué ella no? ¿Por qué la “mamá” la había tirado por ahí y su padre recién se acordaba de ella? ¿Por qué?!

Los porqué se elevaron como una plegaria, traspusieron las nubes y se perdieron en el más allá, sin retorno posible para esa cabecita que, por primera vez, tenía tantos “porqué” en su vida. A don Roque no lo sentía padre; no lo sentía... nada, y ¡tendría que irse con él, nomás!

No esperó el grito de doña Ercilia, al rato volvió al patio y buscó a Comino que, panza al sol, remoloneaba junto a la enredadera. Lo tomó en sus brazos y lo apretó muy fuerte contra el pecho. El animalito lamió la cara, bañada en lágrimas de Adelaida. Con el dorso de la mano, en gesto de rebeldía, se secó los ojos y sin esperar la

orden, se acercó al fuentón lleno de ropa para lavar.

Desde ese día no volvió más al “arroyo”; “sus siestas” de siempre se convirtieron en largas caminatas sin rumbo ni sentido y luego, vuelta al trabajo.

Don Roque cumplió con sus dichos. El sulky levantaba, al avanzar, un fino polvillo que opacaba aún más ese día frío, tormentoso. Nubarrones oscuros, amenazantes, se obstinaban en ocultar el sol.

No demoró en preparar sus pertenencias, bastó una caja y un lacito con que atarla.

La despedida con doña Ercilia, fue como toda su vida con ella; pocas palabras... nada de afecto.

- Y portate bien, no me vas hacer quedar como el diablo por ahí.

- Sí, doñita...

Titubearon ambas, pero el gesto de acercamiento no se concretó.

Subió al sulky, acomodó la caja en la parte posterior del coche y a Comino en sus brazos. No volvió la cabeza; miró fijamente hacia el frente. El viento había llevado la tormenta hacia el norte. Nubarrones, recorridos por zigzagueantes luces, presagiaban lluvia.

- ¿Estás contenta, Adelaida?, ahora vas a tener familia. Llamame papá, o si querís, tata.

- Sí, don Roque.

El viaje lo hicieron en silencio. Muy de tanto en tanto, el hombre llamaba la atención de Adelaida para que

observara diferentes aspectos del paisaje que se hacía más llano, sin elevaciones a la vista. Ella, miraba sin ver... Tomaron por un camino lateral. A lo lejos, una tupida arboleda cortando la monotonía de las planicies de chacra, daban cuenta de la cercanía de una casa. “¿Su nuevo hogar?”. No se atrevió a preguntar.

- Ya vamos llegando, m'hija, mi mujer es algo nerviosa, pero no es mala; si te portás bien se van a entender.

El ladrido de los perros anunciaron su llegada. Comino quiso desprenderse de los brazos de la chicuela, pero no se lo permitió; lo apretó fuertemente; se sentía segura con su contacto.

Las sombras del anochecer, desdibujaban el contorno de la casa. En una amplia galería, iluminada con dos faroles a querosén, se recortaba la figura de una mujer alta, delgada, a cuyas faldas se prendían dos niños de edad que no pudo precisar.

- ¡Llegamos, Amanda!

- Ya m'estaba preocupando, los esperaba más temprano.

- Bajá, Adelaida, no tengas miedo, ésta es m'hija.

- Así qu'esta es la muchacha. ¡Me imagino que no darás trabajo!, aquí hay mucho por hacer. Pasá que te indico dónde vas a dormir. Entró a un cuarto pequeño, oscuro, tan igual al otro que parecía el mismo. En cuanto asentó la caja sobre el jergón, sintió la voz aguda de la mujer.

- ¡Vení pa'dentro, así me ayudás!

Un comedor amplio, amueblado con sencillez y dos

habitaciones, componían la casa. La cocina, bien equipada, la recibió para su primer trabajo. Desde allí sintió el llanto de una criatura de meses. Don Roque quiso que comiera con ellos, en el comedor.

- No, Don, aquí nomás estoy bien. Comió en la cocina, con Comino a sus pies.

Terminada la tarea de limpieza, esperó nuevas órdenes.

- Podés d'irte pa'la pieza nomás! -dijo Amanda- Mañana, a primera hora, Roque te va'indicar tus tareas.

Tumbada en la oscuridad, vencida por las emociones, se durmió de inmediato.

- ¡Arriba, Adelaida!, ya es tarde -la voz de don Roque tenía un dejo de "ternura"-.

Los amaneceres fueron todos iguales, los días también. Sólo "su siesta" no pudo ser más; no estaba "su arroyo" ni "su tiempo"... a esa hora debía vigilar los gateos del pequeño de diez meses, mientras doña Amanda descansaba.

... Las noches quedaban para los sueños de Adelaida: sueños impregnados de lágrimas, dibujados con rostros de mujer en los que pretendía adivinar el de esa madre, que no fue,... sueños de un hogar que no era tal, sueños... sueños... Sólo una palabra, pronunciada como letanía por don Roque, cada mañana al despertarla, producía el milagro de hacerle palpitar el corazón: ¡m'hija!... ¡m'hija!.



Sólo una palabra, pronunciada por su padre, cada mañana, hacía palpitar su corazón.

INDICE

| | Pág. |
|------------------------------|-------------|
| Palabras Preliminares | 7 |
| Autora | 9 |
| El Chelo | 13 |
| Los Sueños de Adelaida | 59 |

Continuando con las publicaciones dirigidas al público infantil y juvenil, el Fondo Editorial Sanluisense, presenta en esta oportunidad un libro de Cuentos, dirigido a niños y jóvenes cuyas edades oscilen entre los 11 y los 16 años. Son dos obras que seguramente atraparán al lector. Ambas se desarrollan en algún lugar de San Luis y tienen que ver con sueños adolescentes. El Chelo es la evolución de un niño, que nace en una hachada, se va a Buenos Aires y sueña con regresar a San Luis, deseo que cumple.

Adelaida es una niña, criada de una familia, que está al servicio de la misma y su mayor regocijo es ir debajo de los árboles y soñar. Soñar con ser alguien, con ser mujer, con saber su origen familiar. Esta necesidad en parte se cumple cuando aparece su padre y se la lleva con él.



Colección Literaria 36-10

FONDO EDITORIAL SANLUISEÑO

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS